

Con “En el último azul” (Madrid: Alfaguara, 1996) Carme Riera obtuvo el Premio Nacional de Literatura en el año 1995. La trama se centra en la persecución de los judíos conversos mallorquines que en el año 1687 intentaron abandonar clandestinamente la isla ante el riesgo de una inmediata detención por la Inquisición. Ayudados por la comunidad judía de Livorno, que envía una nave para sacarlos de la isla, los conversos mallorquines fracasan en el intento de fuga. Un mar embravecido dificulta la navegación y, apresados finalmente, son sometidos a un proceso inquisitorial que deparará, en 1691, la muerte en la hoguera a treinta y siete de ellos.

La novela recrea la vida, y la muerte, de los criptojudíos de Palma de Mallorca en el siglo XVII. Su trabajo, sus costumbres, su modo de relacionarse, sus sueños, el mantenimiento de sus creencias y prácticas religiosas en la intimidad, las relaciones con una sociedad que vigila sus pasos y abomina de quienes, con la prédica constante de la iglesia, son considerados los asesinos de Cristo.

Da cuenta de la particular inquina con que los judíos son percibidos por la jerarquía cristiana el siguiente texto del siglo IV, atribuido a San Gregorio de Nicea: “Los judíos mataron al Señor, asesinaron a los profetas, se rebelaron contra Dios y le mostraron su odio, ultrajaron su ley, se resistieron a la gracia, renegaron de la fe de sus padres. Comparsa del diablo, raza de víboras, delatores, calumniadores, obcecados, levadura farisaica, sanedrín de los demonios, malditos execrables, lapidadores, enemigos de todo lo bueno...”.

Sobre el telón e fondo del odio religioso y del fanatismo, se entrecruzan en el relato inquisidores, aristócratas, comerciantes, bandoleros, marinos, campesinos... componiendo un mosaico de acontecimientos que atrapan al lector desde las primeras páginas.

Carme Riera, mallorquina, indaga en un periodo histórico singular que dejará una honda huella en la isla hasta época muy reciente. Los descendientes de aquellos judíos conversos estarán sometidos por la sociedad mayoritaria a una estigmatización y segregación delirante. Conocidos por el nombre de chuetas (xuetas en catalán), los descendientes de los judíos mallorquines conversos, apellidados Aguiló, Bonnín, Cortès, Fortesa/Forteza, Fuster, Martí, Miró, Picó, Pinya/Piña, Pomar, Segura, Tarongí, Valentí, Valleriola o Valls, han mantenido una conciencia de grupo y una gran endogamia, en respuesta al rechazo de que han sido objeto. Hoy en día, entre 18.000 y 20.000 personas en la isla son portadoras de alguno de estos apellidos.

